Año I — Buenos Aires, 1.º de Septiembre de 1917 — Núm. II

# ALBORADA



SUMARIO

# ALBORADA



Revista de sociología, literatura y arte

Director: Mario C. Marcial - Administrador: B. Pereira



AÑO I — BUENOS AIRES, 1º DE SEPTIEMBRE DE 1917 — N.º 11

## DIVAGACIONES

A golpes de cincel modelad vuestro espíritu, dando cima a los más ínfimos detalles, si quereis acercaros a la perfección; renovaos incesantemente como las aguas de la inquieta fontana, para manteneros siempre puros y transparentes como su cristalino líquido.

Si habéis incurrido en errores vergonzantes, si descendisteis un solo punto de la altura moral en que os colocastéis en momentos de francas rebeldías; si al querer ensayar el vuelo intentando arribar a ignoradas alturas, se os quebró el ala a mitad de camino y rodasteis junto al charco de turbias aguas; si sentís que una voz interior os remuerde las entrañas, como el buitre de la leyenda prometeana, imitad a las serpientes en la época de las floraciones y cambiad vuestra piel, la del espíritu y la de la carne y purificad vuestras almas en los cien Jordanes de la propia dignidad.

La edad miserable y egoísta en que nos tocó nacer, es de suyo irritante y agobiadoramente materialista, en sumo grado; punto de transición entre lo pasado y lo porvenir debe reflejar fatalmente los dos principios antagónicos en eterna lucha; de un lado las ciencias y las artes, tiradas por las albas cuadrillas de los potros del entusiasmo, en marcha hacia las edades futuras, y del otro las turbas indisciplinadas de los prejuicios, llevando por guías a farsantes e histriones, y oponiéndose a la triunfal marcha, tendiendo redes y levantando vallas, al igual que las montoneras de antaño, y fogueándolas por entre la espesura y desapareciendo después, para volver de nuevo más tarde, asaltándolas por la espalda y a quemarropa con los trabucos desconcertantes del sofisma y la simulación, o apuñalándolas con el puñal sangriento de la calumnia.

Si todas las mañanas al levantaros, de la misma manera que el sabio de la antigua Roma, hiciéráis un balance de todos vuestros actos consumados y pensaráis en la forma de realizar los por hacer, si en las noches al apoyar vuestras testas en la almohada, pensaséis una sola vez, durante un fugaz segundo en la miserable contextura de nuestro ser; si os miraráis con la Inviolable y Pálida Virgen, frente a frente, en los ojos, todos los días desnudando vuestra alma cual lo hiciéráis con una novia; si pensaráis, repito, una sola vez, que no sois más que un despreciable ser nacido al azar en este ínfimo átomo sideral llamado Tierra; un pobre gusano de este cadáver flotante que navega cual buque fantasma por los océanos infinitos del espació, os despojariáis, pobres entes, de todo el orgullo y la vanidad de que estáis hinchados y depondriáis las innobles armas que esgrimís para atacar a vuestros semejantes.

Solamente así, colocándonos de frente a esos contrastes, oteando desde un tan alto atalaya, podremos ver en toda su amplitud el extenso panorama de la trágica existencia, y concebir cuan poco somos y que desastrosa misión desempeñamos. Debajo a nuestros pies, un funesto abismo que espanta y, arriba el imponente y sublime espectáculo de las noches estelares; el uno hundiéndonos en el vértigo de nuestros errores, y el otro si bien nos empequeñece reconcentrándonos en nuestras almas y haciéndonos pensar para embarcarnos luego, en el esquife del Ensueño y llevarnos a las divinas playas

de los Extasis.

Si, solo así, mirando mucho al cielo azul, extasiándonos en la contemplación de las noches luminosas, admirando las estrellas parpadeantes y enmudeciendó de emoción ante la majestad de tanta poesía, llegaremos a la comprensión ideal de la Vida y a la purificación absoluta del alma.

Mario Cataldo MARCIAL.

# LA PRIMAVERA DE EUROPA

Se inició la estación florida del año con el rojo sanguinolento de la monstruosidad guerrera. Los despojos de la muerte, sembrados en los campos de batalla por el furor de la metralla homicida, abonaron los mismos que invariablemente seguirán atentando el germen de nuevas vegetaciones. Poblando el paisaje con la polícroma magistral de sus colores, las flores lo invadirán todo sin preocuparse de su muerte. Los árboles habrán retoñado con más vigor, llenando el aire de delicadas fragancias alentadoras de lá vida, poniendo en cada manifestación el sello perenne de la renovación infinita. Entonarán las selvas sus sinfonías, ora graves y tristes, como plegarias, ora alegres y risueñas como auroras, y mientras la primavera triunfe en todas las manifestaciones, el invierno cruel, irreverente, seguirá imperando en el corazón de los hombres. Cada día que transcurre se ensancha el horizonte maldito de los odios. Mientras el sentido de la realidad, fijos los ojos en la especie, clama desesperadamente por el cese de la lucha encarnizada y sin nombre; mientras la naturaleza, muestra la alegría en todas sus pródigas manifestaciones; mientras los hogares son truncados inexorablemente en su vitalidad; mientras los verdaderos sabios y artistas, ante tanto cúmulo de desgracias, de males, de honda raigambre, en las colectividades, piden a gritos una orientación más humana, más propia de seres considerados superiores;, mientras todo, en fin, habla del terrible flagelo que representa la guerra con su corolario de calamidades, los hombres siguen con mayor ahinco destrozándose mútuamente. La primavera de Europa, es una primavera fúnebre que marchita las pasiones y la ceguera de los pueblos; ellos dan la nota contraste, trágica y dolorosa, frente al conjunto que madre natura prodiga.

Falsos apóstoles de la belleza serán los poetas que arranquen a sus liras estrofas para engrandecer el crimen colectivo. Filibusteros todos los que esgriman la pluma para atenuar, o disculpar el desangramiento en aras de prejuicios y ficciones más o menos aparatosas. Artistas que modelen la arcilla y plasmen obras que despierten y aviven la codicia de los hombres, exaltando los más bajos sentimientos que perpetúen el odio para el porvenir, para que los hijos sigan la misma trayectoría de los padres, irresponsables quizás de sus acciones deben romper sus herramientas y dejar en bruto la materia, para que los que sean capaces de más elevadas concepciones puedan darnos las obras que, cual estrellas fulgurantes, guíen a los hombres a los puertos de bonanza y de dicha. Los artistas, los sabios, todos aquellos que están identificados como tipos superiores del conjunto social, no deben ni pueden empequeñecer su labor, que debe ser educadora, que debe avanzar sobre las sombras para iluminar los espíritus.

Juventud de mi siglo! No agotes tus frutos en estériles contiendas. Lucha, ¡sí!, para llevar a los hombres a planos superiores. Que nuestras armas y las del porvenir sean el trabajo, reivindicado a sus detentadores, el arte y la ciencia, fontanas cristalinas en donde todos podamos beber la linfa pura y sana que enriquezca la vi-

da; y entonces, la primavera será inda; y entonces, la primavera será más intensa, más alegre, más afirmadora del esfuerzo que dignifica y engrandece la realidad de la vida inquieta.

Arturo PAMPIN

Montevideo, julio, 1917.

# EVOLUCION

Para «Alborada»

¡Oh, «eterna viajera de los siglos»! ¡Eterna, bella verdad, que a través de todas las edades, fuístes, eres y serás, el más tenaz e inquebrantable testimonio de natura, inmortal e increada! ¡Exégesis de los mundos habidos y por haber! ¡Conquista sin igual; eterna gloria de los hombres, que en el áspero y duro forcejear con el misterio, descubrieron los más grandes, los más gigantescos partos que natura combinara o transformara! ¡Todos se guarecen bajo tu amparo y cabalgan en sús ansias infinitas de saber! Pero el hombre, lánzase en incesante e insaciable sed de eternizarse!... atrevida audacia!

Más, !ay! que su finita existencia y limitado ingenio, le sorprende, en su empresa, y en loco desvarío retrocede palpando sinsabores miles e infinitos desengaños.

¿Pero qué, no es éste acaso una faz del gran desenvolverse en marcha eterna? ¿Acaso no es, una partícula, una parte integrante del gran todo? ¿No lleva en su propio adentro, la propia eternidad? ¿No es un núcleo-componente, sujeto a la gran ley de transformación? ¿No entraña en su vida la muerte, y en la muerte la vida? ¿No es en sí el gérmen reproductor de su misma vida? ¿No es, acaso, arte y parte, producto y cultivo de la eterna, de la inconmensurable evolución? ¿No posée, en fin, el gran secreto de la vida: la eternidad?

... ... ... ... ... ... ...

Mundos imaginarios, gigantescas fábulas: los santos evangelios — monstruosos abortos de la teología—; «falsos dioses», innúmeras estátuas, agonizantes espectros de la mitología. Todas las sectas religiosas que empañaron al mundo de tanta torpeza, de tanto engaño, de tanto dolor e infinitas amarguras, todo, todo ese gran mundo fátuo, que llevaba en su propia vida accidental, su propia, su justa derrota; ¿no ha sido, acaso, corroído y disipado, produciendo los más vergonzantes estertores de muerte, en el más trágico y fatal debate que los siglos presenciaran?

¿No ha resurgido, revivido, acaso, nuestro espíritu impregnado del más delicado, del más intenso júbilo, en el verdadero cauce de la vida, ante la vida y por la vida? ¿No es acaso, la más grande glorificación, el haberse descubierto a sí mismo, ser y representarse a sí mismo ante la eternidad de los siglos; ser evolución, formidable juez y sentencia de cuantas enfermizas creaciones pulularon por el mundo?

Ah!... bien dijo el poeta:

Era grande, muy grande la mentira
y por eso debió trágica ser
así como infinita, su agonía,
tal un innacabable anochecer.

Angel PRETTI.

## PENSAMIENTOS

¿Sientes la viril tristeza de los hombres y de las cosas? Admira entonces el mar. La ola que va, la ola que que viene; admira el trebolar y la rosa, y el cielo su vivaques de soles. Es un don gratuíto que te otorga la engañadora alma del cosmos. ¿Para qué enturbiarlo con rachas de pasión? ¿Para qué escupir amargura supuesto que te arrancaste el hígado?

Victor ARREQUINE

---

Así como es diferente el rostro, así también difieren el ingenio y el arte.

ARIOSTO

---

Los pensamientos que surgen andando son los únicos que valen.

NIETZSCHE

# HACIA EL PARAGUAY

## VISION DE GLORIA

Es un día hermoso; el primero del viaje en que «el poncho de los pobres», tiende su abrigo de oro cálido sobre nuestras humanidades quebrantadas por tres días de contínuo encierro.

Todo el pasaje está sobre cubierta; no han quedado dentro más que aquellos que no pueden salir. El día sabe a gloria, y a gloria, como un trompetazo, sonó el grito del comisario; «Humaitá!» Ah, algo de muy íntimo, algo olvidado hace mucho tiempo, que yo creyera desaparecido para siempre y que, sin embargo, palpita en mí, en el hombre de hoy, surge poderoso al conjuro de ese nombre que, como tantos otros, formó allá en mi niñez la esencia de mis entusiasmos, la estructura de mi sensibilidad!

Humaitá, como Sagunto, las Termópilas y todos los puntos en que el esfuerzo humano llevado al paroxismo de la desesperación, se quebró ante la fatalidad de lo inexorable, levantó en mi espíritu infantil, hace ya muchos años—años que las revoluciones del vivir íntimo, hace largos, muy largos—una especie de altar en que se rendía culto a un sentimiento de triste admiración, a un sentimiento muy intenso que ponía su nota de tristeza en todos los otros sentimientos de mi alma de niño reflexivo. ¡Ah, los héroes moribundos!.. ¡Cómo les veía yo en el supremo instante, altivos, hermosos, olímpicos, caer entre una nube de sangre y humo, con un gesto en que iban confundidos el desprecio a la muerte, el desafío al adversario y la atroz amargura de abandonar sus vidas pletóricas de ensueños, de amores, de energías...!—Porque todo lo veía yo en los héroes vencidos, hasta la condición de hombre, palpitando triunfante a través del velo áureo con que la historia los encubre y desfigura.

Al salvar el último peldaño me he colocado frente a Humaitá... ¿eso?... Sí, eso, nada más... Un grupo insignificante de casas y construcciones más o menos primitivas. En el centro un caserón medio derruído: allí, dicen, vivió Francisco Solano López, y los desperfectos que se observan los atribuyen al fuego de la escuadra aliada. Sentados a las puertas se ve a hombres y mujeres tomando mate plácidamente, acariciados por la brisa del río y el perfume de los naranjos que llega hasta nosotros como en oleadas de vida. Muy poco, por lo visto, veneran a sus glorias los paraguayos. En la Argentina, ese mismo caserón arruinado, con sólo, cambiar la nacionalidad del héroe que lo ilustró, sería objeto de honores interminables. Se le rodearía de una verja o se construiría un nicho que le guardase de la intemperie, y tendríamos un templo más a donde ir a recordar «nuestras» hazañas y a pensar en los felices tiempos en que nuestros padres eran libres... A la izquierda de esta reliquia—ah, pero convenientemente protegida!—se encuentra otra: la vieja catedral que también tuvo el honor de soportar el fuego enemigo. A su lado, encerrado en la misma tapia, el edificio de la nueva iglesia parece servir de guardián a las ruinas preciosas; y digo preciosas, porque los frailes no se equivocan en cuanto al valor de los recuerdos guerreros. No cambiarían un solo ladrillo de la iglesia vieja por el edificio nuevo. La religión se aviene muy bien con las ruinas, con lo que se vá. Hay en todo ello una íntima relación y una analogía evidente.

De repente se destaca de la orilla una canoa transportando pasajeros que

vienen a bordo. Es una familia paraguaya. Ah, esto también es otra gloria, algo que viene de la guerra como la vivienda de López, como la catedral histórica y como ese aliento de tragedia que parece agitarse sobre los naranjos cargados de frutos y sobre el caserío cargado de recuerdos de heroísmo! Un hombre jóven, de mirada aviesa y desconfiada, descalzo y vistiendo harapos; una mujer que a no ser por la miseria que, con todas sus fealdades, parece haberse personificado en ella, y un niño, uno de los niños precozmente tristes, precozmente sabios, que Barrett nos presentara con dolor de madre y de Cristo, he ahí a la familia paraguaya, síntesis de tanta gloria, de tanto dolor y de tanta miseria como amasó la Guerra Grande. Esos náufragos del vivir, que revelan en su aspecto, toda su historia de penas, y buscan angustiados en el horizonte un apoyo que no encuentran en el terruño ni en sí mismos: ese hombre, en cuyo mirar vanamente se busca la chispa altiva del mirar del Hombre: esa mujer en quien las fuentes del amor y la belleza, parece haberse agotado para siempre, y ese niño —negación del futuro— tempranamente amargado, de ante mano vencido, todo ese dolor que nos trae la canoa y que parte en busca de quién sabe qué desconocidas alegrías, es el heroísmo patriótico, es la imagen de la guerra un poco descolorida por los años que pasaron sobre la raza como un leve lennitivo, es el corolario angustioso que la cruel reflexión desprende de esas ruinas, en cuya contemplación quise—como en una traición a mis ideales—apurar el postrer transporte guerrero, la última ilusión patriótica—. Ah, de mis entusiasmos infantiles!

Pudo la modorra, causada por el encierro y la fatiga o quién sabe qué pasajera involución psicológica, despertar las añoranzas de una época en que se es menos sabio y más feliz, y en que los soldaditos de plomo y las fechas históricas y los nombres de los héroes vencidos o vencedorres tienen para la embrionaria sensibilidad irresistibles encantos, pero la brisa del río, y el sol que sabe á una gloria humana muy distinta, sacudiendo la modorra y desenvolviendo el pensamiento, recuerdan mientras, las ruinas de Humaitá se pierden a la distancia, y mientras medito sobre esta familia, cuyas arterias reclaman lá sangre derramada locamente por sus antepasados—cuanto más imponente resulta el dolor mudo del luchador vencido por la vida,—por la vida hóstil y precaria—y cuanto menos valor se requiere para recibir una herida mortal entre el fragor de la contienda que para soportar la angustia de la miseria y de la impotencia, clavada como una maldición en las entrañas de sí mismo y de los propios!

Daniel D. QUIJANO

Abordo, agosto, 1917.

---

Para comprender a un pensador hay que colocarse en sus puntos de vista. Lo difícil es que la rata se ponga precisamente en el del león.

—

—Aprende despacio el hombre a hablar el lenguaje de la libertad: aprenderá también a practicarla.

—

En la guerra se emplean exactamente las mismas maniobras que en el asesinato.

J. NOVICOW

—

El otro Himalaya. — Suprimir el dolor, Himalaya de ideales. Aminorarlo por lo menos, sea la tendencia de todo hombre bien nacido, y aún de aquel a quien los vientos crueles de este planeta le hayan deshojado sus rosas. Que donde medra cicuta y espinoso cactus, haga florecer trigo y amapolas tu mano. Amar al doloroso rebaño, si se puede, es un bien.

Víctor Arreguine.



# POESIA



## La ofrenda galante

Del arrogante guerrero
dejo armaduras y lanzas,
para ofrendaros, sincero,
en el laúd del trovero,
mis líricas alabanzas:

Vuestra voz, gentil señora,
es cual fuente que murmura,
cuando en tarde encantadora
con palabra arrulladora
habláis de amor y ternura.

Vuestros ojos turbadores
tienen miradas tan bellas,
que parecen los fulgores
dejados por las estrellas
en noches que hablan de amores.

Delicadamente hermosa
es la mejilla rosada,
cual si en ella alguna rosa
para haceros más dichosa
ha caído deshojada.

De la bella Monna Lisa,
que inmortalizó Leonardo,
la enigmática sonrisa,
tentadora se desliza
en vuestra boca de nardo...

Y es esa boca incitante,
blando nido del Deseo,
donde el ósculo sonante
como un pájaro expirante
muere dando un aleteo.

Recibid, bella señora,
la ofrenda de este guerrero,
que como un ave cantora,
el corazón os desflora
en su cantar de trovero.

Mario Cataldo MARCIAL.

## Energía

Todas eran sonrisas en Levante!
Tomé el timón y al desplegar las velas
guié mi barca de múltiples novelas
hacia la isla Azul del navegante.

Rugió la tempestad amenazante
como un choque de espadas y rodelas.
Lejos se hundían varias carabelas:
eran mis ilusiones del instante.

Cuando el mástil cayó tomé los remos;
la espuma salpicó de crisantemos
mi mano ensangrentada por la lucha.

Puse alas a mis sueños no vencidos,
y me tapé con truenos los oídos
cuando la vil derrota dijo: ¡escucha!

Bartolomé GALINDEZ.

## LOS PARIAS

I

Como rachas de vientos gemebundos
irreductibles cruzan
la senda de la Vida, confundidos,
en los pliegues ondeantes de sus púrpuras.

Silenciosos, austeros, palpitando
la nostalgia de todas las angustias,
los pesares de penas y dolores,
en la gangrena de mortales úlceras;
que produce el vivir «cuando se vive»
en la expresión más lúcida.

Y se siente, y se piensa, y se concibe
con una fuerza única,
con un solo propósito emotivo
de idealidad absoluta.

Cuando el estro del nervio se agiganta
en la sin tregua y denodada lucha...
y entre llamas de gloria surje airado
el pensamiento de la «turba multa
al agitarse soberanamente
entre el ígneo sagrado de su túnica,
cual si fuera del sol el incensario
resplandeciendo en la montaña enjuta.

II

El Dolor como un Hado misterioso
sus ensueños propulsa,
sus ensueños que saben de grandezas
y de Auroras sublimes que despuntan
al estruendo triunfal de las palestras,
cual apoteosis de las almas juntas
que tras luengo vagar llegaran todas,
ya libres de carroñas y de pústulas,
al moderno Belén de las doctrinas...
por las futuras rutas,
donde el Verbo inmortal del Idealismo
se elevara aplastante sobre el templo
de las creencias absurdas y caducas,
imponente, tenaz, maravilloso,
como una fuerza única!...

III

Jamás supieron de enervantes crisis,
ni declinaron como flores mustias.
Sus ansias fueron águilas volando
y sus sueños tersura de las musas.
Ora ascendiendo por la escueta Vida,
ora en los brazos de la eterna Intrusa,
y siempre, como siempre, suspirando
por los fragores de la «santa lucha»,
con un mundo de luces en sus almas
soberbias e impolutas!...

IV

Camino del futuro marchan solos!
como sombras confusas
más, ¡ay! en el mañana su silencio
ya nos dirá lo que no os dijo nunca
al estallar acusador, tremante
sobre la masa estulta,
aún más maravilloso y mas soberbio
que los pliegues ondeantes de las púrpuras!...

Antonio NAVARRETE.

# LA ROSA ROJA

Para «Alborada»

—Cuéntame un cuento, pequeño mío.
—¿Un cuento?...
—Sí. Un cuento que parezca historia; o bien una historia que parezca cuento.
—Bueno, mi bien. Pero acércate más... Eso es: así... ¿Comienzo?...
—Comienza.

«Era un gentil y noble castellana originaria de un país lejano que poseía extensas posesiones denominadas Feudos Imaginativos, y habitaba un castillo con altísimas torres almenadas, edificado con material de Ensueño. Poseía, además, un cofrecito de sándalo maravillosamente labrado por un artista genial llamado Naturaleza. Había en él perlas del más puro oriente, casi tan grandes como las yemas de tus pulgares; diamantes de Golconda que semejaban lágrimas cristalizadas; amatistas que podrían competir con las de los anillos episcopales; esmeraldas de un verde más puro, pero de una fulguración no tan intensa como la mirada de tus expresivos ojos glaucos; rubíes que parecían enormes gotas de sangre solidificadas; berilos más luminosos que un rayo de sol; en fin, la gentil y noble castellana poseía insuperables piedras preciosas.

Al llegar aquí, pequeña mía, mi probidad de narrador escrupuloso debe hacerte una revelación confidencial. El cofrecito de sándalo y las piedras preciosas eran el Corazón y los Sentimientos, respectivamente, de la gentil y noble castellana. Con las piedras preciosas, reunidas y combinadas en un todo armónicamente dispuesto, había formado una diadema que jamás ostentaba, sino que, por el contrario, guardaba en el cofrecito de sándalo, celosamente, con llave de siete vueltas.

La gentil y noble castellana era inmensamente rica, pero también estaba inmensamente triste. Estaba triste porque el invierno, con su monótono y uniforme cielo gris; con sus días brumosos, húmedos, interminables; con sus ráfagas heladas y cortantes; con sus lluvias torrenciales a veces, menudas otras, fastidiosas siempre, retardaba la floración de un hermoso rosal de rosas rojas, objeto de sus predilecciones, que ostentaba un sólo pimpollo y confiado a un viejo paje gruñón que oficiaba de jardinero. Las manos torpes y temblonas del viejo paje no acertaban los cuidados necesarios para la conservación del botón de rosa roja. Mustio y descolorido, parecía destinado a marchitarse en la planta sin haber recibido el beso de las auras densas y tibias, tibias como una caricia blanda, de la estación primaveral.

La impericia e ineptitud del viejo paje complicadas con la inclemencia persistente de aquel invierno fatal, agravaron la tristeza de la gentil y noble castellana, y he aquí que una mañana de malhumor y de disgusto decidió despedir al viejo paje gruñón. Y así fué.

Un joven vagabundo, perseguidor impenitente de ensueños y quimeras, que vagaba por las inmediaciones, súpolo, y, sin méritos reconocidos, porque no los constituyen la juventud y la audacia, determinó presentarse ante la gentil y noble castellana. Y así lo hizo.

Emocionado y temeroso de un rechazo probable, le habló con un lenguaje tan persuasivo y tan dulce, que la castellana, emocionada a su vez, lo admitió a su servicio.

La entrada del joven vagabundo coincidió con la llegada de las alboradas luminosas; las tardes tibias y serenas;

los crepúsculos llenos de rumores y misterios; las noches de luna melancólica, evocadoras de recuerdos queridos, sueños grandiosos y amores imperecederos; los días, en fin, llenos de colores y perfumes, en que todo sonríe y resplandece bajo los cielos.

El rosal de rosas rojas reverdeció con esplendor y lozanía. Las fecundantes caricias del sol primaveral y las desveladoras solicitudes del joven vagabundo operaron ese milagro de resurrección. La castellana manifestaba sin reservas su hondísima satisfacción. ¿Satisfacción he dicho?... No, no, era algo mejor. La castellana ya no podía ocultar la avasalladora pasión que el joven vagabundo le había inspirado. Y si tú no lo creyeras, mi dulce dueña, yo te diría que hubieras podido preguntárselo al cofrecito de sándalo y a la diadema que ahora ostentaba sobre su frente como una soberana del amor; escudriñarlo en sus ojos, en sus preciosos ojos glaucos cansados en ensueños y de deseos; averiguarlo en el rumor voluptuoso y desesperante de su andar cuando se acercaba a él; en el el pecador diálogo que entablaban entre frú-frú de la carne y las telas; en tentadores misterios el traje y los muslos; en los carbones que ardían en sus pupilas, solamente para consumir el pecado; y, por último, y para desvanecer en tí la más leve sombra de duda, si dudas todavía, lo denunciaba explícitamente la decisión irrevocable de ofrendar al joven vagabundo el objeto de sus predilecciones: el botón de rosa roja.

Cuando llegó el momento supremo de la entrega de tan alto galardón, presentóse el vagabundo ante la gentil y noble castellana, y, sereno, sonriente, con fervorosa unción, tomó el pimpollo, llevóselo a sus labios e imprimióle el más hondo, el más cálido, el más largo de los besos...

Y aconteció entonces una extraña anomalía. El pimpollo se había convertido en una espléndida y maravillosa rosa roja de pétalos satinados y tibios como carne de mujer.

Cuéntase que desde entonces la primavera fué perpétua en el alma y en los dominios de la gentil y noble castellana».

—He terminado. ¿Te agradó el cuento?.... ¿Qué merece el narrador?.... —

L. DURAN.

# :-: DE LA VERGUENZA :-:

Cuando lo conocí ya había cumplido los diez y seis años. Yo también los había cumplido, pero un mes antes.

El era un tipo alto, muy alto, de espaldas curvas, muy curvas y un rostro feo, muy feo. Yo, en cambio, no tenía nada de alto, de curvo ni de feo; no pensaba mal de nadie; no era envidioso, despótico, despreciativo, ni nada; y, humilde entre los humildes y altivo entre los altivos, siempre tuve el gran tacto de ocupar sólo mi puesto, sin menoscabo ni ambiciones de ningún género.

Yo era bueno; él no era mejor.

A todos lados íbamos juntos y en todas partes yo era «un joven muy simpático», y él lo contrario, es decir, «un insufrible».

¿Por qué entonces no pensé que aquella fealdad de su rostro, aquella curva de sus espaldas, aquella antipatía que inspiraba, correspondía, encajaba mejor dicho, de una manera total, en una fealdad interna, en una desarmonía del espíritu, como una cuña en su hueco?

***

He dicho que nos conocimos cuando teníamos ambos diez y seis años. Calculad, pues, cuán bellas no serían nuestras inocencias, nuestras melancolías, ensoñaciones y esperanzas...

¡Cuánto rosa en nuestros días, y en nuestras noches, cuánta plata! Como en nuestras sangres, era una primavera en nuestros cerebros. Como en los cielos de ocaso, otoñales, en nuestras almas era el ensueño en flor.

Yo, pobre niño recién egresado del aula, no sabía de la vida más que las risas, las burlas, las riñas y las pedradas. El, en cambio, ¡qué serio, qué viejo parecía! ¿Era la lectura, a la que hacía algunos años se dedicaba con ahinco? ¿O era el destino de piedra de todo lo nacido para el fracaso, que venía trabajando aquel semblante y aquel espíritu, desde la cuna?

***

Cómo fué que desde el día en que nos conocimos, él tan viejo, yo tan jóven, celebramos aquel pacto de amistad, no lo sé, ni nunca lo ha sabido... Quizá él tampoco lo haya pensado jamás. Pero de lo que sí me acuerdo, de lo que estoy seguro que he de acordarme siempre, de lo que aún paréceme que fué ayer, ¡y eso que ya han pasado catorce años!, es de la primera conversación que por espacio de tres horas sostuvimos con toda intensidad.

Dios... La idea de Dios, fué el tema de ese entonces... Desmenuzó mi fé... Todo, todo lo que yo con tanto fervor amaba, todo, todo fué en esas tres horas debelado...

... Cuando amanecía, ya el dolor de la primera duda y la alegría velada del próximo despertar a un amor nuevo, ponían en mi frente una pequeña como grave arruga.

Meses después, los libros revolucionarios de la nueva idealidad, eran mis libros predilectos, y nuestra amistad se hacía más estrecha y acabada en esa misma idealidad.

Fué entonces que soñamos la futura ciudad de los amigos en el mundo futuro de los hombres. Fué entonces que la aurora se hizo el perpétuo símbolo y miraje de nuestras almas. Fué entonces el instante de la comunión suprema de los sueños, de cariños y pensares. ¡Todo lo quisimos y lo pudimos todo: urgar los cielos con los tentáculos psíquicos, cruzarlos de ámbito a ámbito en las alas del ideal e iluminarlos de sol con el fuego virgen de nuestros entusiasmos! ¡Todo lo quisimos y lo pudimos todo! Pero, ¡ay! qué triste, qué triste, qué doloroso, qué malo, qué derrumbe sonoroso de todas las catedrales de maravilla, forjadas al pasar de dos años, cundo llegó la «hora ansiada», la magnífica hora de la prueba, que es la única de la verdad...

Ah!... ¡No pudo ser, no pudo ser el hecho! ¡No tuvo aquel amigo que yo creí tan fuerte, la vergüenza precisa y necesaria para resistir la ola negra y sucia y rampante del prejuicio!... ¡Se lo tragó, se lo tragó!

¡Mis versos, mis versos!... ¿Por qué no hice una fusta con mis versos! ¿Por qué, dolido de tan gran dolor, no puse un salivazo como un áscua, sobre aquella cabeza de vendido!

Matar, pero avanzando; negar, pero ascendiendo; tachar, pero inscribiendo un más alto valor, estaba bien, muy bien. Pero tachar, pero negar, pero matar para más luego «volverse sobre vomitado», y así, señor, con todo el frente, todo enterito, de pié a cabeza, mirar atrás.... ¡oh cobardía, eunuquismo, sangre blanca, rostro seco!

¡Mis versos, mis versos!... Hidrópicos, hinchándose hasta el cielo en una inflazón de rabias, ya iban a reventar como una solfatara, en insultos y recriminaciones, cuando llegó la luz—el pensamiento—, a poner sus clarores en aquellas sombras de pasión, ebullecientes.

¿Qué dijo el pensamiento?

Hizo el proceso del prejuicio.—Lo condenó. Hizo luego el del amor, y lo aplaudió. Mas, después hizo el del hombre y lo mostró ruín, pequeño, miserable, solicitado por todo lo plebeyo, lo inferior, lo ancestral. Puso a la luz, a su luz, su larga, triste historia: Su bajedad primaria, su dureza de piedra, primitiva, su origen animal; lo trajo más arriba en una espiral enorme y en éste «más arriba», ya pensante, ya altivo y orgulloso y creyente, era aún una bestia: brama-

ban en su sangre los instintos sin frenos; mucho más arriba lo trajo todavía y en éste «mucho más arriba» de esplendidez y de sabiduría en que la naturaleza, por tantos sitios se nos rinde domada, con índice radiante, ved, me dijo, las cortinas del humo verde, siniestro; oid el fragor del crimen, el jadeo de fragua, el tufo de horno, de la fiera primera que anda suelta; y, decidme,—agregó —si no son disculpables los hombres que después de altivar un ensueño, lo dejaron, lo pasaron de largo, para ir a caer desconcertados, pávidos, tremulosos, en el turbión maldito adonde ruedan las vilezas y las desesperanzas...

Oh! El pensamiento, frío, aunque a las veces observando en fuentes emotivas, trájome la convicción con sus palabras. Infundido en mí, fué también una luz: resplandeció, quemó y siguió creciendo... Pero, ¿por qué, por qué mi corazón continuó caliente, cantando su canción de esperanzas, sus versos de castigo y de combate?

Sólo sé que la vergüenza inhibe para muchas actitudes, como que ella es hija de la dignidad.

Fernando del INTENTO

La Plata.

# REFLEJOS

Para «Alborada»

Uno de los momentos más agudos y de mayor sentido moral en el transcurso evolutivo, ha tocado un instante el dínamo directriz de un destino. El mismo sueño de libertad, la misma esperanza en que la humanidad llegaría a conquistar la fuerza vigorosa que la conduciría hacia la verdadera felicidad, embargaba nuestras almas: las mismas tendencias e idénticas aspiraciones decíamos sustentar; y los nobles y puros ideales, forjados quizás por nuestra temprana juventud, se identificaron en un recíproco afecto, de tal modo que sólo faltábanos el empuje y la voluntad que determinan la resolución para treparnos a las altas cimas y abrazar la vida que amable y cariñosa nos convidaba...

Jóvenes y fuertes, rebosantes de vida y abrazados por el fuego pasional del amor, estábamos juntos. Raudales centellantes de luz emanaban de nustras miradas qu al chocar hacían estallar de nuestros labios la significación del más puro placer, sintetizado en una dulcísima sonrisa... Me eran tan sensibles y exquisitas las preguntas que sobre distintos temas me hacías, que yo, absorvido por un íntimo y emocionante deseo de sabiduría, trataba de complacerte con el más romántico lenguaje. Me eras tan hermosa, y te amaba tanto! tanto que, cuando una vez, en nuestras divagaciones, giramos, sin advertirlo siquiera, hacia las causas que originan este enorme malestar social que tan injustificado vive, y ante estas reflexiones del vivir humano, esforzábamonos para descubrir la razón básica de nuestra existencia amorosa, que a falta de una voluntad, transcurría con una monotonía de impotentes, razones y motivos para mi disconocidos, hicieran que mi vista turbada por no sé qué invisible fuerza, en un momento en que nos encontrábamos juntos, demasiado juntos, ciego, y abstraído por el deseo, el chasquido de un fuerte y prolongado beso resonó...

La realidad, a veces hermosa, otras triste, no tardó en manifestarse. ¡Tus ideales de vida, aun no vivían libremente en tu corazón!

Ellos eran reflejos, muy bellos, muy nobles, pero no tenían vida propia en tí... No podían tenerla porque solamente había deseos y éstos eran impotentes, ante la vida, clara, desnuda de hipocresías. ¡Enfadarse y ponerse grave en lugar de invitar nuevamente, es caer en el ridículo del rutinarismo ambiente!... Y tú lo habías demostrado así, con un definitivo saludo de mujer herida en su ficticio pudor. Enfadándote, haqías incurrido en el más grande de los errores, y sin embargo pensé en la atre-

vida e importuna hora en que habías nacido ¡oh! heroico y sublime ósculo del amor!... Te amaba tanto! que si hubiera tenido tiempo a meditar que ésto pudiera causarte daño, lo hubiera evitado. Jamás creí que un beso dado en el más álgido momento de ceguera amorosa, pudiera lesionar el lazo que une dos corazones, y, menos aún cuando suena en ese supremo instante en que sólo óyese el eco del amoroso gorgeo ¡sí te amo!..

Fácil fué convencerme de que eras una víctima de la impotente moral social; una de las tantas que ignoran que solo es bella y magestuosa la vida por el amor, cuando éste, libre y sano, asciende hacia las cumbres!.. Ah! es que tú no sabías o pretendiste ignorar, que las flores crecen arrogantes y se visten con los más sublimes colores cuando en las tibias mañanas primaverales aceptan como la más pura ofrenda el beso que en sus rayos envíale el soberano y Rey... O que los campos y las selvas cúbrense de un verde aromático, cuando lejos de rechazar el fresco rocío que cual beso emanan las alboradas de septiembre lo atraen hacia sí y lo absorven para que penetre hasta la raíz su purificante y reconfortadora savia.

E. Maddalena MARZULLI

# LA MUJER DEL BARRIO

Así la llaman, en su sencillo y sintético lenguaje, los habitantes del barrio en que reside ésta que fué espléndida y hermosa mujer, que tuvo para todos frases amables, miradas acariciadoras, y que celebraba la visita de sus amigos desgranando, en su obsequio, la ruidosa y barbotante catarata de su risa, que es, todavía, nerviosa y sugestiva.

En mi trato frecuente con algunos de los vecinos de aquel barrio, pude oir algunos picarescos comentarios sobre la vida pasada de aquella mujer. La fantasía maliciosa y ligera de aquellos hombres, acostumbrada a forjar peregrinos consejos y cuentos estupendos de una irrealidad ridícula, había tejido con algunos episodios de la vida pretérita de esa mujer toda una leyenda maravillosa, en la que alternaban el escándalo y la opulencia con el vicio, el crimen y el hambre, en una confusión amoral y grotesca.

Como yo mostrara deseos de conocer a esta mujer, algunos de sus vecinos allegados, me proporcionaban una entrevista con ella. Como he dicho, fué hermosa, de una hermosura soberana, en cuya exaltación no se equivocó aquella fantasía de sus amigos, creadora de brujas, fantasmas, sortilegios y tragedias inverosímiles. Todavía su cabeza soberbia, lanzaba en revueltas sendas la cabellera sobre su espalda estatuaria, y los flecos de sus cabellos, brillantes y ensortijados, caían sobre las curvas de su esbelta cintura; su frente ancha y bien modelada, hoy pálida y marchita, fué durante largos años, el dique marfileño que contuvo y abatió las rudas expresiones de la sensualidad brutal y grosera.

Sus ojos, poseen aún encantos indefinibles; brillan como dos grandes esmeraldas, cuando refractan la laz natural de una ojeada amplia y abierta, y son azules, de un azul puro e intenso, procacidad y el atrevimiento tan comunes en el lenguaje, maldiciente y inmoral de esas pobres mujeres de su condición, que viven en los suburbios de las ciudades. Su lenguaje es sencillo, de una ingenuidad infantil, su frase pintoresca, melodiosa la entonación de su voz. Habla de su vida pasada, de los lejanos días de su infancia con una tristeza que impone respeto e inspira compasión. La desgracia ajena tiene siempre una simpática afinidad con nuestra desgracia.

La mujer del barrio vino al mundo en un hogar pobre: sus padres eran campesinos. Hija única de aquel matrimonio, su infancia se desliza arrollada por el cariño singular de sus progenitores. Iba todos los días a llevar el almuerzo a su padre al trabajo y por el camino engalanaba su cabecita con amapolas y lirios silvestres. Su padre le reprochaba su temprana coquetería, y con sus manos callosas deshacía la diadema de flores con que había coronado el rubio penacho de sus cabellos. Sin encontrar las frases para describirlos, me habla de ellos, con entusiasmo, y de aquel amor, tan grande como el que sintió por sus padres, que le inspiró el campo; la naturaleza fuerte y bravía de la montaña con la música de los pájaros, el perfume de los azahares y la irresistible sugestión al ensueño misterioso por donde vaga todavía la sombra inquieta de algún fauno, y el eco repite un motivo indeciso de una melodía panida. Ella no sabe «como fué»; como sucedió. Quiere borrar con el olvido sistemático el dolor de un triste recuerdo; salió una noche de su casa, la acompañaba un hombre, — El romancesco D. Juan, de todas las épocas y de todos los pueblos: — el sempiterno y fatal seductor.

La luna iluminaba el sendero que partía de su casa hacia el «camino real», el tren con vertiginosa marcha rompía el silencio de los bosques, y era tan pálida la claridad del astro de la noche y de tan amable complicidad su opacidad intermitente, que las sombras de los árboles fueron propicias a su pasión y la luz de la aurora sorprendió las primicias de aquella marcha nupcial, sin que ellos hubieran divisado el esbelto campanario de la iglesia del pueblo.

Antonio GONZALEZ.

---

Se necesita un valor extraordinario para afirmar en voz alta una opinión personal sabiendo que se pone uno en oposición con los que le rodean.

Max Nordau.

# Hermana en dolor...

Mañana de invierno, mugrienta por lo lluviosa. Viento a rachas, silbando descompasadamente, batiendo hasta doblarlas las ramas secas, sin hojas, de los árboles.

Cruzamos la calle sin cuidarnos del lodo, y penetramos indiferentes, al hospital.

Por contraposición — creemos — a la mañana, todo nos parece más blanco en la sala a que llegamos: las paredes, la ropa de las camas, el rostro de las enfermas, la vitrina donde se guardan las herramientas de cirujía, todo, todo nos parece más blanco y más frío también que el viento que a rachas afuera sigue silbando.

Nos había prometido una de las enfermas contarnos la historia de su vida. Es breve. Es sencilla. Es humana.

Oídla:

Era huérfana de padre. Cuando ella tenía ocho años se había muerto. Su madre, trabajando para educarla, para vivir, había contraído la tuberculosis. Ella entonces tenía quince años. Sus amigas le decían que era bonita. — Mirad nos dijo — y nos enseñó su retrato. El hombre más exigente nada tenía que reprochar a su belleza.

Se moriría irremediablemente su madre si no abandonaba la pieza húmeda, ruinosa en que vivían, para ir al sol y al aire de las sierras, o vivir al campo.

¿Qué hacer?... Venderse. Venderle su cuerpo al propietario del conventillo que ha tiempo la perseguía con proposiciones deshonestas.

Su honra para ella quedaba intacta. Servía a un Ideal superior que al agoísmo mezquino de una moral.

¡Y celebró sus nupcias de carne, porque su espíritu estaba en otra parte! A pesar de su sacrificio su madre murió.

Después fué de un hombre a quien amaba y que la abandonó. Luego de otro... y de otro.. a medida de sus necesidades, hasta que el vicio se la tragó para arrojarla allí, a la sala del

hospital.

—El único cariño sincero, la única amistad que aquí tuve fué la de la hermana Sofía. A ella le debo seguir viviendo. Mi enfermedad era extremadamente contagiosa. Sin temor, ella velaba de noche junto a mi cama. Quería morir así, haciendo bien. «No por respeto a los hábitos que vestía», me confesó, sinó porque ella también había sufrido mucho desde que tuvo un hijo «ilegal» que le quitó su familia. Fué entonces que se hizo hermana. «Hermana en dolor» «nó en Cristo». Y recalcó estas palabras, sonriéndose, como si el vicio hubiera muerto en ella el sentido de la conciencia.

Manuel F. ENCISO.

La Plata.

# Los héroes de la cocina

Ni el cocinero, ni el mal pinche siquiera.

Más altas figuras ilustran el linaje del fogón criollo. No son, entre ellas, las últimas, las viejecitas que corretean noche y día el «pago» más enredado con ratonil familiaridad.

Es remoto el origen de tales flacas humanidades, íntimas de la leyenda y la conseja, la fábula y la historia.

Tejen maravillas sus perlerías y el cascabel de su risa, y la nota picante de sus ojillos, hacen de la cocina baluarte donde, quien entre, ha de desenmascararse, es decir, ha de reir...

Ya puede cambiar cuanto quiera la dúctil fisonomía de los señores y de la casa, la cocina muestra invariable su faz: ríe con la vida, ríe con la muerte; riendo saluda, riendo despide.

Saludar al que llega, despedir al que parte, no son, en resúmen, sino una misma nota que va a acordarse, humilde en el Gran Concierto.—Sabe bien ésto la anciana sabiduría popular de las viejecitas, que, sin ser cocineras,—o acaso por ésto mismo—, son el alma de la cocina.

Fiel imagen del fuego es su risa, y al calor que les dá, pagan en moneda de buen humor, que es buen oro...

Locos amores que se fraguan, sútiles heridas que se curan, allí nacen y allí restañan como por hechizo. Mas, si esta moza o aquel mancebo han sido, de veras, flechados en el corazón, el consejo, por mudo acuerdo llámase a sosiego: observa, calla y espera. De tal actitud sólo puede sacarles ya la gloria de una boda o el desastre de una ruptura, bien que ni aquélla ni ésta harán menor la ventolera ni enfriarán el comentario, abundoso y picante, sazonado con la anécdota jugosa y el adorno de zumbonas invectivas coronadas por dudosa moraleja.

Es la cocina, también, peregrina institución benéfica. Sin asociados, sin capital, sin oficinas, sin menudos expedientes; prodíganse en ella su techo, su calor, su pan y su vino con tal largueza, confianza y buen humor que no es difícil hallar pensionista que a fuerza de corresponder con igual nobleza, echa allí raíces y cosecha afectos, y, amado, muere de vejez. Singulares personajes, un poco tristes, de quienes nunca se aclaró el misterio que los llevó a encontrar tan lejos el calor que no hallaron en el propio o desconocido hogar!

Aves de paso, otros, errátiles, buscones, bandidos, andariegos o donjuanescos, que han partido una noche clara hacia el vasto silencio de los campos iluminados, dejando por toda huella, el recuerdo de un idilio nacido ayer...

Y así los vencidos en luchas ignoradas; los tímidos o evangélicamente buenos; los imposibilitados para las correrías, todos aquellos que un día anhelaron una paz conventual como supremo bien, se acercan al refugio, y, servidores de todos, son, en cambio, los amos del ensueño, empujados y aporreados por todos, son

los dioses de su reino interior, obscuro y hermético, para siempre impasible y estéril. Son todos aquellos que há tiempo «miran vivir», todos los que un día retrocedieron con espanto al borde del último abismo.

Van, porque la sabiduría de su dolor les dice que no estarán solos. Y así lleguen cuando el febril movimiento de las faenas lo domine todo, o cuando la alegría parece haber hecho allí su nido más duradero que de ordinario, ellos esperan, como a un viejo amigo, al dolor. Esperan, ellos saben que vendrá... Y la noche que suenan en aquella puerta los nudillos del importuno enemigo de la risa él,—que ha velado con la negra ronda de los presentimientos aciagos,—abre y le recibe. Va a empezar a ser útil.

Cocinas rurales, cocinas urbanas: acoged vuestros huéspedes, cumplid vuestra misión. Que los extraviados, los enfermos, los tristes, los desamparados, hallen siempre refugio al calor de vuestros historiados fogones. Recibidles como amigos, como amigos de otra edad a quienes llevó lejos la misma suerte casquivana que a vosotros os retiene allí. Saben ellos más de lo que suponéis, y valen para más de lo que podéis pensar.

Héroe anónimo de cien empresas perdidas, sea vuestro el reino de la cocina, y cualquiera sea el gesto de la dúctil fisonomía de los señores y de la casa, en vuestros labios estará la última risa como en los fogones la última brasa: El día que ésta y aquélla se apaguen, todo habrá concluído!

Ricardo ROLDAN

Montevideo, junio 24, 1917.




# Figuras contemporáneas del Impresionismo -- VAN GOGH

(Conclusión)

Tanía Vicent Van Gogh treinta y seis años. Vivió desconocido, con la ayuda que le prestaba un hermano suyo.—Sus obras no se vendían. La miseria le rondó constantemente. Pero, como a los místicos y los ascetas, a Van Gogh no se le hacía duro el camino de la penuria material. En su espíritu se organizaban formas bellas, ardían colores esplendentes, se agitaban evangélicas ideas de amor y redención social... La aspereza de la vida material no podía herirle como a los otros. Su concepto del arte fué social. En otros tiempos hubiera pintado para las cofradías de los humildes. Porque este artista puro, evangelizador de los mineros de Borinage, entendía su arte, sino como una predicación, por lo menos como una lámpara votiva de los ideales populares. Por eso uno de sus proyectos, que no llegó a realizar, fué el de pintar a alguna taberna o sitio de reunión de marineros de Marsella o de las Tres-Marías, la leyenda provenzal de la «Berceuse» (Emilio Bernard—«Les hommes d'Aujourdhui»). Se trataba de un Tríptico: en el centro la figura de la Berceuse», que Van Gogh dejó pintada, y a los dos lados, dos soles pintados con amarillo intenso, porqué para nuestro pintor el amarillo era el Símbolo de la Omnipotencia del Amor. «He pintado la casita que habito—escribía a Bernard—toda de amarillo, porque quiero que sea para todos la casa de la luz». He ahí la leyenda contada por el mismo Van Gogh, y que nos explica admirablemente su modo poético de concebir y su gusto por el Simbolismo. «En el mar, por la noche, los pescadores ven a proa de sus barcas la figura de una mujer misteriosa. Su visión no les da mie-

do, sin embargo. Porque es la amable mujer que de niños les mecía, cuando lloraban en sus cunas, y ahora vuelve a ellos a contarles al compás de los balances de esta otra gran cuna que es la barca, las canciones de la infancia,—las canciones que nos calman y consuelan de la dureza de la vida.» Así, en su «Sembrador», en sus «Olivares» mismos, que le hacen pensar en la Oración del Huerto.

Por toda su obra corre este aliento de poesía evangélica, un algo poético y profundamente religioso y humano, que sin duda no deja de tener alguna relación espiritual con las concepciones religiosas de Rembrandt, su maestro y su más grande devoción. Mas no se infiera de esto que Van Gogh es un pintor de esos que llaman de ideas. Su obra dista mucho de ser producto de abstractas quimeras humanitarias. Su propio temperamento, primero, y luego sus estudios del arte holandés y del Impresionismo, sus lecturas de Zola, le llevaron lógicamente al estudio preciso de la realidad. La miró con los ojos de los naturalistas; pero la imparcialidad que éstos predicaban, no servía para Van Gogh ni siquiera como teoría. Para él, el Arte no era «como un espejo que pasa por un camino». Era algo más, bastante más que ese mezquino concepto estético. Era por el contrario, la expresión del propio espíritu en toda su integridad, frente al hombre y a la Naturaleza.

Ante el uno y la otra Van Gogh sentía una particular emoción en la que se transfundían sus sentimientos en ideas evangélicas, aunábase con esa emoción sus agudas observaciones de la realidad y un gracioso y original (original, aunque influído por los japoneses) sentimiento de la decoración rítmica, y de ahí su Simbolismo, un Simbolismo particular que en el fondo no es otra cosa que representación plástica de estados líricos. Tal es la expresión que mejor encaja en la obra de Van Gogh: lirismo. Lo mismo cuando pinta un retrato (el de su médico Dr. Gache), que cuando pinta una naturaleza muerta, un paisaje o una escena de costumbres o del Evangelio. El lirismo corre por todo el lienzo como una llamarada. El es quien infunde movimiento a las líneas; quien caza y armoniza los colores más brillantes (azul de Prusia, naranja, carmín, rojo, violeta); quien organiza la estructura toda de la obra: ésta no tiene otro objeto que la esteriorización de ese lirismo. Vicent Van Gogh nos ha dejado junto a sus obras pictóricas, un obra literatura sin intención de serlo; sus cartas a Emille Bernard, a su hermano Teodoro y a Gaughin son preciosos documentos para el estudio del arte moderno, y algo de lo mejor que se ha escrito en nuestro tiempo sotre arte. En ellas está todo Van Gogh, el hombre y el artista. En una «Letres de Vicent Van Gogh a Emille Bernad, publices por Ambroise Vollard París 1911», en una de esas cartas. decimos, hay una expresión digna de un gran poeta: «Le mensémet Vieuz». Ved, pues, en ella el modo de sentir la naturaleza de Van Gogh: de esa profundidad en la emoción. que nos impresiona como algo cósmico, nace la obra llameante del gran Pintor. ¿Qué valen junto a ella todas las teorías y disquisiciones sobre procedimientos en qu ese agitaban sus contemporáneos los pintores de París?

*Juan de la ENCINA*

---

Una revolución es la larva de una civilización.

Víctor Hugo.

---

No todos pueden predicar con la palabra; pero con el ejemplo todos y quizás con mayor fruto.

San Juan Crisóstomo.

---

Sufre si quieres que te sufran.

Kempis.

---

La verdad es el fundamento de la virtud más sublime.

Píndaro.

# LOS MITOS DE PROMETEO

II

## El "Agni" del "Rig - Veda" - Prometeo se forma en el disco de fuego de los pastores arios

La historia del descubrimiento del fuego se pierde casi por completo en la noche de los tiempos; únicamente luce aún sobre un punto. Pero ese punto es la cima culminante del mundo, la meseta del Asia superior, en la cual fué a encallar el Arca de nuestros progenitores, de la cual surgieron todas las grandes familias de la especie humana. ¡Con cuánta magnificencia revélase allí la Epifanía del fuego! El «Rig-Veda» es su Biblia ardiendo, su libro de salmos fervoroso e inextinguible. Han pasado los siglos sobre ese libro seis veces milenario, y aún sigue encendido.

Entre los mil himnos del «Rig-Veda»,, quinientos invocan al Fuego todo poderoso.—«Agni»—«Ignis»,—es el nombre que toma al fijarse sobre la tierra. Ninguna idea de un fenómeno físico invariable aparece en el procedimiento que lo ha hecho surgir. Sus nacimientos y sus renacimientos se cuentan como otros tantos milagros, brota y se alimenta merced a un prodigio permanente. Sin el cántico que rima la rotación del palo en el agujero del disco, el dios forzado no aparecería; la palabra lo excita más que el frotamiento, quiere que le canten a la vez que lo aticen. Todo se anima, todo se diviniza en torno de su concepción misteriosa. Las dos plantas, macho y hembra, que han formado su cuna, conviértense en su padre y en su madre sobre la tierra. El alumbramiento es tarde y laborioso, ayudado por un forceps nace «El hijo de la Fuerza».— «¡Querido Agni! Todavía reposas como el niño recien nacido en el regazo de la parturiente».— Se le vé apuntar, débil y pálido, en el germen de la chispa, y su advenimiento recibe, cual saludos, gritos de éxtasis. En un principio lame tembloroso la madera que le rodea, pero el recién nacido reclama alimentar más sólidos; el hombre le ofrece hojarascas y cebada cribada; la mujer lo amamanta con manteca y con leche cuajada. Entonces crece y se fortifica visiblemente, y agita en todos sentidos sus innúmeras lenguas, y dirige sus cuatro ojos hacia los cuatro puntos del espacio. Ya se encuentra en condiciones de ser transportado sobre la piedra del hogar y sobre el césped del altar. El «Soma» que se le escancia lo exalta y lo yergue hasta hacerlo resplandecer; éste es el momento de la apoteósis. Entonces su potencia se despliega y su bondad se prodiga. Momentos antes sólo tenía cuatro ojos «para mirar a aquellos que lo alimentaban»; ahora abre mil, «para ver todo y para proteger todo». Es «el Dios de la barba de oro», «el Pontífice de los siete rayos lumínicos», el héroe rojo «que persigue con sus flechas a la tropa de las tinieblas», el Exterminador de los demonios escondidos bajo la forma de los animales nocturnos, el Mediador que lleva al cielo las plegarias y los votos de los hombres. Los dioses descienden al escuchar su voz tonante, siéntanse sobre bancos herbosos, en derredor de la hoguera sagrada, y toman parte en el sacrificio del cual es ella materia y alma al mismo tiempo. Al hombre que lo extrajo del tizón, lo consagra sacerdote; al «Soma», que lo embriagó, lo hace un dios adorado como él. Agni es «la cabeza del cielo y el ombligo de la tierra»; se lanza en un chorro hacia el firmamento para reavivar a las estrellas que, sin él, extinguiríanse cual lámpara vacía.— «Señor de los mundos, los recorre como el pastor visita a sus rebaños». Indra palidece ante su esplendor; *el sol* se absorve y se funde en su llama.

«¡Oh, Agni!— exclama un himno védico.— ¡Todos los dioses están en tí, por tí y para tí!»

Pero este dios inmensamente engrandecido sabe reducirse a la medida del hombre que lo ha engendrado; el incendio divino, en modo alguno desdeña la chispa de que surgió. Fuera del sacrificio, regresando a la cabaña donde tomó ser, Agni vuelve tranquilamente a brillar en el hogar pastoril. Conforta y alumbra la familia, le cuece el pan y le guisa los manjares, dándose por satisfecho con los brazados de hierbas secas con que se sacia su hambre atenuada. Es el Genio tutelar de la casa que lo cobija, su amigo y su comensal. Llenando sus establos de carneros y de vacas lecheras, colmando sus graneros de trigo y de cebada, la purifica y la santifica. Su llama es fulgor que ahuyenta a los malos pensamientos, de igual modo que a las alimañas feroces. Vivir bajo una mirada celeste, impide cometer maldades. ¿Cómo pecar en la casa que tiene por huésped un dios vigilante?— Cierto día un pastor cree haberle ofendido, tal vez lo vió obscurecerse cuando él se aproximaba. —«¡Agni! ¿de qué me acusas? ¿en qué te he ofendido? ¿por qué le hablas al Agua y a la Luz?»— Otra vez, uno de sus sacerdotes reconoce que lleva en sí el mismo fuego divino que su mano acaba de encender sobre el altar, y exclama en santo transportamiento: —«Cuando reflexiono que este sér luminoso se halla en mi corazón, los oídos me zumban, se me nublan los ojos y el alma se me transtorna. ¿Qué debo de decir? ¿Qué debo de pensar?»

Agni sobrevive a la dispersión de la raza ária; cada tribu, al separárse, se lleva un tizón del hogar sagrado y lo vuelve a encender sobre la tierra en la cual asienta su nueva morada. En Grecia y en Roma, aún resplandece su luz sobre todas las demás divinidades. Cualquier plegaria que se eleve a un dios, sea el que fuere, ha de comenzar y concluir con una plegaria al hogar. El primer sacrificio que ofrecían los helenos, al reunirse en los Juegos Olímpicos, era para el hogar y el segundo para Zeus. Vesta continúa siendo la abuela inmemorial y augusta del Olimpo romano. El hijo no es reconocido por su padre hasta después que éste lo hace pasar por la llama; la esposa no es legítima hasta tanto que ha comulgado con el esposo ante la lumbre doméstica, comiendo el pastel nupcial. El hogar, en el mundo antiguo, es la piedra angular de todas las ciudades.

Volvamos al Prometeo griego, surgido del instrumento rudimentario, merced al cual los arios producían el fuego. Esta filiación es indiscutible. El acto de hacer girar la madera en la madera, cual si se fuese a practicar un taladro, se llamaba en sánscrito védico «Manthami», que significa «inflamar», «extraer por frotamiento». El palo generador que hacía brotar la chispa, se denominaba «Pramantha», y aclaraba o amplificaba el sentido del primer vocablo, dándole la acepción de «arrancar», de «raptar». Los objetos empleados por la mano del hombre, se personificaban muy pronto en estos tiempo de lujuriante mitología; la vida divina corría desbordándose y penetraba en todo. Así, pues, Pramantha se convirtió seguidamente en Pramathyus: «El que agujera frotando», «el que roba el fuego». Los comentadores de los «Vedas» hicieron, más adelante, una especie de homúnculo mágico del instrumento inflamable. Aplicaron a la varilla que lo constituía, una serie de planos y de espacios correspondientes a las partes en que está dividido el cuerpo humano. Tantas pulgadas para la cabeza y pára el pecho, tantas para el vientre y para las caderas, tantas para las piernas y para los piés. Algunas leyendas confusas, hasta lo sacaron del agujero en que se había encajado. Al declinar la pura religión védica, obscurecida por el brahamanismo, disipóse el antiguo entusiasmo que había inspirado al advenimiento del fuego, y una idea de latrocinio y de sacrilegio se unió a su descubrimiento. Pa-

recía imposible que el hombre hubiese podido, sin violencia ni fraude, apoderarse del rayo y cautivar al relámpago. Entonces se vé a Pramathyus, bajo el nombre de Matarichvan, arrebatar a Agni de una caverna en la cual se hallaba dormido. Después, lo entrega a la insolente raza de los «Brigus» (1), que, enorgullecida con tan espléndido regalo, se entrega de tal modo a la impiedad que atrae sobre ella el rayo de Indra.

Pramathyus—a través del cual Prometeo transparéntase visiblemente—, llevado por los ascendientes de la raza griega, desde las laderas del Himalaya hasta los valles de la Hélade llegó, pues, en estado de fetiche groseramente encarnado, con celebridad, sin embargo, como productor, acaso también señalado como ladrón del fuego. Los rasgos salientes de su gran historia apuntan ya bajo el esbozo del mito primitivo.

Ahora vamos a ver al genio griego operar sobre este don confuso, y extraer, del disco de fuego de los pastores arios, la figura más grandiosa, la encarnación más elevada de la humanidad.

(Continuará)

Paul de SAINT VICTOR

(1) Brigu: hijo de Brama.

# TEATROS

Ha tiempo a la tenaz y constante labor artística realizada en el teatro Nacional, por una hermosa pléyade de jóvenes, verdaderos amantes del arte y cultores de la verdad, creíase llegada la hora definitiva del ocaso del teatro efectista. No obstante el éxito que rápidamente coronó el noble esfuerzo, una corriente muy distinta, y sin duda ambientista, vuelve nuevamente a escena con todo su pernicioso bagaje y grotescos colorines.

Este género de producciones fácilmente ha encontrado en el seno de nuestro público, admiradores, y prueba que nuestro público, aun carece de gusto y educación artística, sirviendo de escalón y sostén a una inmensa cantidad de «autores», que olvidando la verdadera misión del teatro, hacen de él, un vergonzoso medio de especulación.

La realidad, la verdadera belleza de la vida, es, en su manera de apreciar, algo informe que no merece atención alguna.

La misión del teatro no puede estar circunscripta en el estrecho marco de lo artificial, sino que débese encaminar hacia la investigación de causas, para indicar efectos.

Porque la evolución de las costumbres, gustos y deseos de los pueblos, necesitan y merecen el estudio amplio y sincero de los hombres que poseen aptitudes y conocimientos.

Estas consideraciones nos la han sugerido los contínuos estrenos de obras de autores conocidos, hábiles y poseedores de todos los recursos técnicos, pero que guiados por interés de taquilla, se han dedicado por completo al cultivo de lo artificial, sin tener en cuenta que dentro de lo ameno y cómico de una pieza, puede hacerse obra de arte.

---

A. Alberto Novión, Rodriguez Larreta, J. M. Boch y E. García Velloso, le fueron estrenadas en la pasada quincena, las últimas producciones.

Pero ¿acaso en todas ellas existe alguna que merezca señalarse como obra de arte o de pensamiento? Con sentimiento, la realidad nos obliga a manifestar categóricamente que nó. Todas ellas están movidas por una misma corriente, por un mismo deseo, con una exclusiva intención: provocar la risa...

E. M. M.

## Corresponsales

Montevideo: J. S. Serrano, Rivera número 2017.

Rosario: López de Molina, Montevideo 2636.

## DE ADMINISTRACION

### A los suscriptores 25 de Mayo

A pesar de haber publicado una nota en esta revista en la cual desautorizábamos al individuo Sixto Leiva como agente de la revista en dicha localidad, este señor que se ha quedado con el dinero de esta publicación, sigue con el talonario de recibos en su poder, y según informes ha cobrado a dos suscriptores de dicha localidad. Volvemos a ocuparnos de este tipo para que no se le abone nada en concepto de suscripciones.

---

A los agentes y paqueteros que repetidas veces hemos pedido nos contesten a nuestras notas y no lo han hecho, les prevenimos que si esta publicación tuviese que dejar de aparecer por falta de fondos, publicaremos los nombres de los que indebidamente retienen dinero en su poder.

El Administrador.

## AGENTES

Arribeños: Arturo Villaseca, Librería y Peluquería.

Montevideo: José Rey, Poste Restante.

Colonia: Nicolás Maddalena, Colonia número 2015.

Rosario: Mariano Ferrer, Alvear 783.

Campana: Luis Del Greco.

Punta Alta: J. M. Ramos, 25 de Mayo 430.

Bahía Blanca: A. Corrales, (Kiosco), Colón y Chiclana.

Ingeniero White: Feliciano Carrero, Casa del Pueblo.

Tafí Viejo: R. Ayguabella.

25 de Mayo: López Orellana.

Santiago del Estero: Gregorio Quiñones, Río Negro 148.

San Cristóbal: Angel Cerrutti.

Laguna Paiva: Agustín Fernández.

Baradero: Tomás Bautista.

Mechita, (F. C. O.).: Aquilino Omezabal.

Sarandí: Martín Gamíndez, Avenida Mitre 2921.

Berazategui: José Iglesias.

Coronel Suárez: José Kovaes, B. Mitre 210.

Ensenada: Augusto Piris, Río de la Plata 555.

Necochea: Patricio Carreras, Centro E. Sociales.

General Pico: Juan Ferrini.

Zárate: Norberto Insúa, Avellaneda número 76.

Mar del Plata: M. Prieto.

Salta: Francisco Pérez, Jujuy 84.

---

## Publicaciones Recibidas

«Estudios», núm. 5.

«El Hombre», de Montevideo, números 42 - 43.

«La Prensita», de Tres Lomas, números 313 - 314.

«Atena», Revista de Ciencias, Artes y Letras, que dirige el señor Atilio G. Mellid, núm. 3.

«Il Lavoratore», Bs. As., núms. 4-5.

«La Batalla», de Valparaíso (Chile), número 102.

«Voces Proletarias», de Campana, número 89.

«El Imparcial», números 664 al 68.

«La Libertad», núm. 1.

«El Surco», de Iquique (Chile), núm. 1.

«La Verdad», de Santa Fe, núm. 1.

«La Rivolta», núm. 1.

«Despertar», de Campana, núm. 6.

«La voz del obrero», Salto, R. O., número 3.

---

Los números 76 y 77 de «El Proletario», de Iquique.

«La Batalla», de Montevideo.

«El Hombre», de Montevideo.

«Voces Proletarias», de Campana.

«El Imparcial», de Campana, 3 números.

«La Rebelión», de Rosario.

Los números 3 y 4 de «Estudios» de esta capital, dirigida por José Torralvo y F. Ricard.

«La Palestra», núm. 7.

«El Obrero Calderero», núm. 14.

«Il Lavoratore», núm. 2.

«La Batalla», de Valparaíso.

«El Surco», de Iquique.

# ALBORADA




**Número suelto 0.20 cts.**

**Suscripción por trimestre...... $ 1.00**

**Correspondencia: Humberto I. 1175**